Alberto Folch Pi (1905-1993), figura señera de la traducción médica al español

Gustavo A. Silva*

1. Introducción

Es bien sabido que tras la derrota de la República Española en 1939 a manos de las fuerzas franquistas muchos republicanos se refugiaron en México, entre ellos un contingente numeroso de profesionales de gran valía. El grupo de los médicos se destacó particularmente; y dentro de este hubo algunos cuya obra fue enorme pero es poco conocida.

Uno de ellos fue el doctor Alberto Folch Pi[1], catedrático e investigador de farmacología que además hizo muchas aportaciones en el campo editorial mexicano, especialmente en la especialidad de la traducción médica. Desde su graduación por la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, en 1925, se distinguió como profesor, investigador y, durante la Guerra Civil española, comandante médico en el frente. Posteriormente, en México, a donde llegó a instalarse definitivamente, reanudó su labor pedagógica e investigadora, y se reveló como un traductor sin par y un eficaz promotor editorial. En 1968 reconocía haber traducido unos dos mil títulos de medicina[2], principalmente del inglés, extremo muy factible habida cuenta de su dilatado e intenso ejercicio en este campo durante más de medio siglo.

El doctor Folch en 1947.
Por amable cortesía de la familia Folch Viadero de México

Gracias a sus traducciones y su gestión al frente del departamento de obras de medicina de la Editorial Interamericana de México entre los años cincuenta y ochenta del siglo pasado, ejerció una influencia enorme en la formación de traductores médicos y contribuyó a fijar la terminología y el estilo de la traducción médica del inglés al español de una manera difícil de valorar, pero que sin duda creó escuela. Bajo su dirección las obras de medicina publicadas por Interamericana y leídas en todo el mundo hispanohablante cobraron un gran prestigio gracias a la calidad de las versiones en castellano.

Cabe destacar que fue al principio de esa época cuando la influencia de la medicina anglosajona, principalmente estadounidense, en todo el mundo empezó a cobrar fuerza hasta desbancar a la medicina francesa y la alemana. De manera que la labor del doctor Folch representa un capítulo importante de la historia de la traducción médica en lengua española.

En México, el doctor Folch gozó además de una gran reputación y estima como catedrático de Farmacología de la Escuela Superior de Medicina (ESM) del Instituto Politécnico Nacional (IPN), donde enseñó durante 36 años. Sus aportaciones a la cátedra e investigación farmacológicas y la traducción médica en su patria adoptiva, así como su participación activa en la Guerra Civil española y el exilio republicano son muy poco conocidas, incluso en su natal Cataluña. Por ello he creído oportuno redactar esta semblanza, somera por fuerza pues contar la vida y obra del maestro daría para un libro de muchas páginas.

2. Una vida azarosa

Fue don Alberto un hombre de sólida formación general y médica, dueño de una cultura vastísima. De aspecto severo a primera vista, era sin embargo alegre, incluso bromista, y un conversador amenísimo capaz de aliñar sus charlas con dichos, anécdotas y citas variopintas. Solía decir que él era un hombre corriente a quien las circunstancias le habían deparado una vida azarosa. «No soy una persona triste, pero tengo una visión irónica de la vida», declaró alguna vez en una entrevista.

No recuerdo una sola vez en que, tras una de nuestras charlas, dejara yo de maravillarme de que un hombre que se había enfrentado con tantas adversidades —ser médico militar en el frente de guerra, con los horrores que ello supone, y tener que dejar su tierra natal a los 37 años sin nada más que lo que llevaba puesto para empezar una vida nueva en un país desconocido— hubiera sido capaz de salir adelante tan bien como él lo había hecho. Su optimismo y alegría de

* Traductor y revisor de la Organización Mundial de la Salud, Ginebra (Suiza) y miembro de Tremédica. Dirección para correspondencia: enedelt@gmail.com.

vivir eran contagiosos y siempre salía yo estimulado de esos intercambios.

3. Primera parte: Cataluña

3.1. La atmósfera familiar y las primeras letras[3]

Alberto nació el 10 de diciembre de 1905 en el seno de una familia catalana de clase media afincada en Barcelona. Fue el primogénito de Rafael Folch[4], abogado, y de Maria Pi Ferrer[5], maestra. Tuvo tres hermanos: Frederic, ingeniero de profesión (fallecido en 1987); Jordi, destacado médico y bioquímico, exiliado en Estados Unidos y profesor en la Universidad de Harvard (fallecido en 1979); y Maria[6], profesora e historiadora (fallecida en 2010).

Aprendió las primeras letras de la madre, que en vez de ejercer su profesión se dedicó a instruir a sus hijos pequeños en casa. Alberto se crió en un hogar laico donde se daba suma importancia al razonamiento y la integridad, y se apreciaban la poesía y la música. Alberto tuvo siempre presentes las máximas inculcadas por sus padres; recordaba, por ejemplo, lo que la madre escribía en la pizarra para que lo leyeran y asimilaran sus hijos: «Fes el bé perquè és el bé. No vulguis per a ningú lo que no vulguis per a tu. Considera el treball com un goig de la vida».

3.2. Los años de formación

El matrimonio Folch y Pi dio a sus hijos una educación esmerada que puso el acento en el aprendizaje de lenguas. Cuando llegó la edad de comenzar la instrucción formal, Alberto fue inscrito en el Liceo Francés de Barcelona, y por las tardes estudiaba alemán. Debido a esta circunstancia, a temprana edad el chico se enfrentó con una contradicción que no pasó inadvertida a su mente despierta. Por las mañanas, en la clase de francés, los alumnos debían cantar estrofas como estas: *Metz, Strasbourg, séchez vos larmes, / non pas adieu, mais au revoir !* [Metz, Estrasburgo, secad vuestras lágrimas / ¡no es un adiós, sino hasta pronto!]. Por la tarde, en la clase de alemán, los alumnos entonaban *Die Wacht am Rhein* [La guardia del Rin], que proclamaba: *Am Rhein, am Rhein, am deutschen Rhein / wir alle wollen Hüter sein.* [En el Rin, en el Rin, en el Rin alemán / queremos todos ser guardianes*].

Es decir, franceses y alemanes reclamaban como propias la Alsacia y la Lorena, cuya posesión se habían disputado y alternado por medios violentos a lo largo de los siglos. El niño intuía que al menos una de las partes debía estar equivocada, si no es que ambas, lo cual le generó un sano escepticismo que le acompañó toda la vida y se reforzó con las enseñanzas familiares, como esta inscripción que el padre puso en un libro de sus propios poemas dedicado a su hijo mayor: «Mira-ho tot de ben alt, lluny de vulgaritat, amb ironia franca i amb una gran bondat».

Por lo demás, el aprendizaje de lenguas a temprana edad le sirvió mucho al chico, al punto de que muchos años después en una ocasión salvó la vida haciéndose pasar por austriaco, y sentó las bases para que más tarde se hiciera un magnífico traductor.

La infancia transcurrida en la Barcelona de principios del siglo XX y sus alrededores fue feliz para Alberto. Reproduzco a continuación un pasaje de sus memorias:

> [E]l clima familiar era sereno, sano, y enriqueció nuestra infancia. Una sensación de libertad espiritual, con afecto y rindiendo culto a los más claros valores del hombre, es algo que, pasados los años, se recuerda con inmensa gratitud. Mi padre aprovechaba cualquier momento de ocio para escribir, en prosa y en verso. En 1914, obtuvo el premio *l'Englantina de Jochs Florals de Barcelona*, y en el *Palau de la Música* estuvimos gozando de nuestra «categoría» y de los aplausos con que se recibía a nuestro padre. Tengo varios libros de poesías suyas y, como especial riqueza, los originales escritos, corregidos y vueltos a corregir, en el dorso de papeles de propaganda comercial que usaba para ahorrar papel. Por su parte, mamá tocaba muy bien el piano y, en una habitación oscura de casa, como un pequeño santuario, pasé incontables horas escuchando sonatas de Beethoven como la *Patéthique* o la *Appassionata*. Ella tocaba para sí misma y para enseñarme a mí, que era el hijo con más afición (quizá cierta facilidad) para la música.
>
> Los domingos había casi siempre un postre especial; y al acabar la comida de medio día mi hermano Federico y yo, por turno, decíamos una poesía que habíamos estado estudiando toda la semana. Unas veces eran versos de mi padre; otras eran en francés, por ejemplo de Verlaine (…).

3.3. El bachillerato

Acabada la enseñanza primaria, Alberto pasó al Instituto General y Técnico de Barcelona, situado en la Plaza de la Universidad, donde había entonces una estatua del doctor Robert[7]. Allí optó por la enseñanza libre, según la cual no era obligatorio ir a clase, excepto para las prácticas, cuando la materia lo exigía, y el alumno era dueño de su tiempo y podía estudiar como mejor le pareciera. Como contrapartida, el examen lo hacían tres profesores y era mucho más difícil aprobar. Salió airoso de sus estudios y no tuvo problemas para aprobar las materias de francés y alemán; pero el latín se le resistió muchísimo debido a la insistencia del profesor en que los alumnos memorizaran las reglas, cosa que el chico detestaba. Sea como fuere, en la tercera y última oportunidad —con la ayuda de su padre, que le preparó unas fichas con las reglas que debía memorizar— aprobó la materia con la mínima calificación y se graduó de bachiller en 1920.

3.4. Los estudios de Medicina

El primero de octubre de 1921 comenzó Alberto los estudios en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona. Su rechazo a la enseñanza dogmática y memorista

* Versión de Miguel Turrión

que primaba entonces aumentó enseguida, cuando empezó el curso de anatomía humana. «Todo era memoria pura, ni un átomo de dinámica o función. Cuatro inmensos volúmenes de Testut[8] eran nuestra Biblia», recordaría años después. Felizmente, además de las materias del primer año pudo estudiar Fisiología, que era del grado siguiente, con su tío materno Augusto[9], cuyas clases «eran una delicia: aquello era comprender cómo funcionaba el milagro de los seres vivos, y en particular del hombre».

Por la tarde, generalmente acudía al laboratorio de fisiología, donde hacía pinitos ayudando al profesor Bellido[10], quien había dejado su cátedra de Zaragoza para incorporarse a la Escuela de Fisiología de Barcelona y se había convertido en el brazo derecho de Pi Sunyer. Un buen día recalaron en la capital catalana algunos profesores alemanes que venían huyendo del antisemitismo alemán que empezaba a aflorar. En el laboratorio de fisiología se refugió el que Romain Rolland llamaba «el gran europeo», el profesor Nicolai[11]. Como Alberto hablaba alemán, le encargaron que lo ayudara a montar el primer electrocardiógrafo que hubo en España. En los sótanos del laboratorio se montó el aparato, cuyo funcionamiento dependía de un finísimo hilo de platino que solo se fabricaba en Holanda y cuya calibración era dificilísima, pues había que tensarlo con una precisión tal que con un milivoltio de diferencia de potencial entre los dos electrodos que se aplicaban al individuo la aguja indicadora se desplazara exactamente un centímetro. Además de preparar el aparato, la labor esencial del ayudante consistía en «quitarme zapato y calcetín del pie izquierdo, remangarme los brazos e introducir los tres puntos de referencia —los dos brazos y pie izquierdo— en unas grandes vasijas cúbicas llenas de agua salada». En aquellos tiempos solo se hacían tres derivaciones y lo esencial era observar si había o no inversión de la onda T.

Alberto recordaba con especial afecto a los profesores que le habían enseñado en la práctica la forma de tratar humanamente a los pacientes. Entre ellos mencionaba a los doctores Trías[12], Celis[13] y Nubiola[14]. En esa época conoció también al doctor Puche[15], con quien trabó una amistad que años más tarde reanudarían en México.

Llegado el momento de cursar las materias clínicas, Alberto decidió irse de practicante al Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, en concreto al servicio de medicina interna del doctor Gallart[16], quien se especializaba en la gastroenterología.

El doctor Gallart, «hombre excelente, humano, cordial, que tenía un gran ojo clínico al servicio de una extraordinaria laboriosidad», fue «quien me hizo médico», comentaba don Alberto. «En aquel hospital aprendí más medicina que en todos los libros». Como era un nosocomio público donde se atendía a mucha gente pobre, fue también allí donde el joven estudiante de medicina trabó conocimiento con el dolor humano y la miseria. Allí cayó en la cuenta de que había que templar los nervios, pero sin endurecerse el alma. «Como médico tenía que aprender a "prescindir" del sufrimiento del paciente…, pero nunca llegué a olvidarlo o pasarlo inadvertido espiritualmente. Quizá por eso nunca me gustó la profesión en su aplicación práctica, [siendo así que] el conocimiento de la fisiología —que por aquellos tiempos se estaba enriqueciendo de manera extraordinaria— me deslumbraba y me hacía feliz».

Vale la pena recordar que la medicina de los años veinte del siglo pasado era todavía una disciplina eminentemente empírica con bases científicas endebles. Sin embargo, Alberto y sus coetáneos fueron testigos directos, cuando no protagonistas y copartícipes, del desarrollo portentoso que la medicina científica habría de tener en las décadas siguientes.

3.5. «Jovencito, ¡qué fantástico es usted!»

Acabada la carrera, en 1925, la vía rápida para establecerse profesionalmente consistía en ejercer en un pueblo, para lo cual era necesario obtener por oposición el título de «inspector municipal de sanidad», lo cual exigía acercarse a Madrid. Allá fue Alberto y aprobó las oposiciones entre los cinco primeros de unos quinientos aspirantes. De vuelta en Barcelona, pasó algún tiempo tratando de conseguir empleo hasta que Oriol[17], «entrañable amigo, compañero de estudios y casi hermano», le consiguió una suplencia en el pueblo de Riba-roja d'Ebre, en la provincia de Tarragona, donde debía reemplazar al titular por unas semanas. La extrema juventud del sustituto fue causa de un recibimiento más bien frío de los vecinos. Al segundo día de estar allí, cuando dormía en la gélida casa de huéspedes donde se alojaba, fue llamado en plena madrugada para atender al farmacéutico del pueblo, que se había puesto mal. El mensajero que lo guiaba le adelantó que el hombre estaba mal del corazón, lo que tranquilizó al joven galeno porque esas dolencias eran muy comunes en los hospitales donde había estudiado y tenía experiencia en su tratamiento.

S. M. el Rey Don Alfonso XIII
y en su nombre
El Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes:
Considerando que, conforme a las disposiciones y circunstancias prevenidas por la actual legislación,
Don Alberto Folch y Pi,
natural de Barcelona, de edad de 20 años, ha hecho constar su suficiencia en la Universidad de Barcelona,
expido el presente
Título de Licenciado en Medicina y Cirugía,
que autoriza al interesado para ejercer, con arreglo a las leyes y reglamentos vigentes, la profesión de
Médico-Cirujano.
Dado en Madrid a 13 de febrero de 1920.

El título de médico, expedido en tiempos de Alfonso XIII. Por amable cortesía de la familia Folch Viadero de México

Efectivamente, encontró al farmacéutico sentado al borde de la cama, con las piernas colgando, una almohada debajo de cada brazo e intensas disnea, cianosis y angustia. Se hallaba sin duda en peligro, pero el médico sabía exactamente lo que convenía hacer: una sangría, procedimiento hoy casi desaparecido pero que entonces se practicaba comúnmente. Extrajo casi un litro de sangre y el enfermo, al ir recuperando la respiración, le decía: «Jovencito, ¡qué fantástico es usted! Ya respiro, ¡esto es

un milagro!». Ese episodio afortunado fincó enseguida el prestigio profesional del joven facultativo en la localidad. «Muchos años después, por Navidad, todavía seguía el amigo farmacéutico mandándome regalos», recordaba don Alberto.

Pasaron las tres semanas y —una vez más, con ayuda de Oriol— en lugar de regresar a casa fue a pasar una temporada a otro pueblo, La Torre de l'Espanyol, y después a Constantí. Fue allí donde una mañana, repentinamente, tuvo Alberto una hemoptisis cuyo significado reconoció al instante: padecía tuberculosis pulmonar. Volvió a Barcelona, donde lo atendió el doctor Sayé[18], quien intentó practicar el neumotórax pero fracasó porque la pleura estaba adherida. Por lo tanto, aconsejó al enfermo que fuese a un lugar de altura en la montaña y se sometiera a un régimen de sobrealimentación y reposo absoluto. En esa época el grado de adelanto de la medicina no daba para más.

Alberto viajó a Font-romeu, en el Pirineo oriental, y se alojó en el Gran Hotel. Desde la terraza de su habitación podía ver el pueblo de Odrillo, la ciudad de Puigcerdá y la cordillera nevada presidida por el Carlit, la montaña más alta. Aquella cura de reposo suponía un gasto enorme, pero pudo solventarlo gracias a la ayuda del sindicato de médicos. Al poco tiempo la fiebre cedió, la tos, la expectoración y los sudores disminuyeron, y el enfermo pudo disfrutar de aquella vida contemplativa, que aprovechó para leer profusamente.

La mejoría era evidente de mes en mes y se sentía muy recuperado cuando Alberto tuvo que regresar a Barcelona porque a los 21 años debía presentarse al servicio militar. Gracias a las gestiones de su tío Augusto, lo asignaron al hospital militar de la zona. Sus compañeros médicos comprendieron que estaba enfermo y lo trataron con gran cordialidad y miramientos. En el laboratorio del hospital, él mismo hacía las preparaciones de esputo para la baciloscopia y un buen día, al examinarlas bajo el microscopio, confirmó que estaba curado desde el punto de vista bacteriológico. No obstante, como en las radiografías las cicatrices del mal seguían siendo evidentes, lo declararon «inútil total» para el servicio militar.

De vuelta a la vida civil, decidió pasar un tiempo en el Hospital de la Santa Cruz y San Pablo, en el servicio dirigido por el doctor Gallart. Al poco tiempo, el doctor Nogueras[19], al enterarse de que Alberto convalecía de la tuberculosis, le propuso ir a trabajar a un sanatorio de su propiedad en el Pirineo aragonés, en un medio sano y sin presiones. El Sanatorio de Boltaña ocupaba un antiguo monasterio de los carmelitas descalzos. En una amplísima terraza, los enfermos, en especial los tuberculosos, tomaban el sol. Además de la helioterapia, el reposo, la sobrealimentación y el neumotórax en algunos casos, empezaba a abrirse paso el tratamiento antituberculoso con la sanocrisina, una sal de oro. Por las mañanas, Alberto pasaba visita a los enfermos con el doctor Nogueras; luego iba al laboratorio clínico y, finalmente, al gabinete de rayos X. Ayudaba en operaciones de cirugía menor y mayor, entre ellas el neumotórax y algunas urgencias quirúrgicas como apendicitis y traumatismos. Como quiera que sea, acababa sus labores temprano y le quedaban muchas horas por la tarde para descansar.

La estancia en Boltaña fue grata y beneficiosa, pues Alberto se restableció completamente de la afección tuberculosa pulmonar y regresó a Barcelona. Una vez más recibió la ayuda de su amigo Oriol, con quien compartió el consultorio[20] y además le consiguió que lo nombraran médico de la compañía de electricidad. Ya instalado, decidió seguir sus aspiraciones de enseñar e investigar y en 1931 obtuvo por oposición el cargo de profesor adjunto de la cátedra de Farmacología de su maestro, el doctor Bellido. Como existía una relación muy estrecha entre este y Pi Suñer, Alberto volvió a pasar muchas horas en el laboratorio de fisiología. Una de las esferas en que se concentró como investigador fue la bioquímica de los carbohidratos. En esa época, Alberto ya se había casado con Denise Fabre, de nacionalidad francesa, que enseñaba en el Instituto Francés de Barcelona, y en 1934 había nacido su primer hijo, Robert[21]. Llevaba una vida regular sana —todos los días iba al club de natación, ejercicio que practicó hasta edad avanzada— y se dedicaba con ahínco a su trabajo como jefe de la sala de Endocrinología y Nutrición del Hospital Clínico de la Facultad de Medicina, catedrático e investigador. Para ganarse unas pesetas más, en 1935 tradujo del alemán, en colaboración con Antonio Oriol[22], su primer libro: *Química fisiológica: un curso para médicos y estudiantes*, de Paul Hári, publicado por la editorial Labor. Además, hacía traducciones del alemán para la casa Bayer.

Estando, pues, instalado con su familia en una vida agradablemente rutinaria, tranquilo y contento, sucedió lo que en esos días tanto se temía. La noche del 18 de julio de 1936, Alberto cenaba con unos amigos en un restaurante que había en el puerto barcelonés, en la Torre de Jaume I, cuando la radio interrumpió bruscamente la música con un grave anuncio: la guarnición de África se había sublevado, y con ella diversos militares en la Península.

> Yo seguí en mi consultorio con Oriol, fui cada mañana al hospital, dicté mis clases regularmente…, pero por pocos días. Los avances de los militares «pronunciados» (triste neologismo ibérico) eran imparables. Yo no pertenecía a ningún partido político, ni la política me había interesado nunca mucho; pero la situación era clara: unos militares habían faltado a su juramento de lealtad al país, y, supuestamente para salvarlo, habían repetido el triste fenómeno de la vida ibérica en todo el siglo anterior: «se habían levantado en armas».

Frente a la nueva situación, el doctor Bellido, además de maestro, amigo respetado y querido, «un hombre ejemplar en todos los sentidos de la palabra», lo llamó para darle un consejo. Le dijo que, como ya estaba sano y trabajando, el ejército de la República lo iba a llamar a filas tarde o temprano. Le sugirió presentarse voluntario para poder escoger un cargo o tarea que no fuese «la absurda [para un médico, se entiende] de ir a pegar tiros en el frente o servir de camillero».

Bellido había sido profesor de Fisiología en Zaragoza, cargo que dejó para trasladarse a Barcelona; todos los fisiólogos de la ciudad condal eran amigos de los colegas de Madrid. Entre Madrid y Cataluña había una cadena cuyos eslabones principales eran Negrín[23], Pi Suñer y Bellido. Justo entonces, Negrín, profesor de Fisiología de Madrid, pasaba a ser el responsable del futuro de la República.

3.6. Médico militar en la guerra

Al ir retrocediendo las fuerzas del Gobierno legítimo empujadas por el avance de los sublevados, llegaron a Barcelona las autoridades y los dirigentes republicanos. Entre ellos se hallaba el doctor D'Harcourt[24], teniente coronel, jefe de los servicios quirúrgicos del ejercito republicano, quien deseaba aprovechar la experiencia bélica para estudiar cuestiones esenciales de la medicina y la cirugía militares. Acudió a su antiguo maestro, Bellido, para que lo ayudara a crear en el ejército un servicio de investigación donde se hiciera medicina científica, con el fin de que no se perdieran las singulares experiencias de la guerra.

El doctor Folch con el uniforme de comandante médico del Ejército de la República Española. Por amable cortesía de la familia Folch Viadero de México

Bellido pensó en Alberto; le preguntó si le interesaba el cargo, y este aceptó sin dudarlo. De manera totalmente imprevista, Alberto se encontró convertido en comandante médico —grado indispensable para poder impartir órdenes— encargado del Servicio de Investigación Biológica. Para evitar que pudiese ser trasladado a otro destino y dejara trunca su misión, el doctor D'Harcourt logró que lo nombraran también jefe médico del Cuerpo de Asalto. Además de un pequeño equipo de personal sanitario, le habilitaron un vagón del tren hospital para realizar análisis de laboratorio. Pudo así seguir el camino que se había trazado, pero ahora en condiciones muy difíciles. Así pasó más de dos años, prestando servicio alternativamente en el frente o en hospitales de la retaguardia.

Entre los innumerables horrores que afrontaron en la guerra Folch y el cuerpo médico del ejército republicano, acaso uno de los peores haya sido la tragedia de los pies congelados de los combatientes, especialmente durante la batalla de Teruel. Llegaban por centenares los soldados con quemaduras causadas por el frío; por las noches la temperatura bajaba hasta -25 °C, y durante el día no superaba los -5 °C. A pesar de lo doloroso de las lesiones, algunos habían huido de la trinchera por su propio pie. Habiendo reunido unos quinientos combatientes con ambos pies congelados, se preparó un tren exclusivamente para ellos y D'Harcourt le encargó a Folch llevarlos al hospital de base en Barcelona, donde les proporcionarían el tratamiento adecuado.

Eran varios vagones llenos de hombres con los pies vendados, apoyados en la banqueta opuesta cuando ello era posible; cada vagón estaba a cargo de un teniente o un sargento. Cerca de Sant Vicenç dels Horts, en un cruce de vías, se avistaron dos aviones italianos —la silueta de los Caproni era inconfundible— y el maquinista aceleró para entrar en un túnel cercano. Después del primer pase de los aviones a lo largo del convoy, sin disparar, uno de ellos giró en redondo e inició el vuelo rasante en sentido contrario; el tren estaba casi a punto de entrar en el túnel…, pero tuvo que detenerse porque la vía estaba ocupada. El pánico se apoderó de los heridos y el comandante Folch se vio obligado a apostar en cada plataforma, a uno y otro extremo del vagón, un guardia armado para impedir que, pretendiendo escapar, los heridos se amontonaran y se lastimaran aún más. Algunos alcanzaron a saltar por las ventanas y empeoraron su situación. Sin que se supiera cómo ni por qué, el avión pasó muy bajo pero no abrió fuego; el tren llegó a salvo a su destino.

3.7. El polvito blanco

En alguna visita a Barcelona durante la guerra, Folch había recibido del doctor Esteve[25] un saquito con un polvo blanco. «He sintetizado este producto; se llama sulfamida y parece ser un medio milagroso de combatir las infecciones, según las publicaciones que he podido leer. Amigo Folch, en tus manos dejo este polvito, a ver qué puedes hacer con él» —le encomendó sin añadir nada más—.

En el frente de Aragón, el primer herido al que Folch administró la sulfamida fue un maestro de escuela con varias heridas en todo el cuerpo, tórax perforado con colapso de pulmón y en estado de choque. Con excepción de la lesión pulmonar, las heridas no eran mortales, pero la hemorragia ponía la vida en peligro. Además, las lesiones se habían producido uno o dos días antes y ya había supuraciones y fiebre. Con la anuencia de D'Harcourt, Folch procedió a estabilizar al herido a base de transfusiones; una vez logrado este objetivo, desbridó y limpió las heridas, y las cubrió con el polvo. Además, se lo dio al herido por la boca cuando ya pudo tragar; ignoraba cuál era la dosis, pero decidió darle una cucharadita. El paciente siguió empeorando; su palidez pasó a convertirse en un color grisáceo «que daba miedo», aunque la fiebre empezó a ceder y ello permitió abrigar alguna esperanza. Tras una noche de incerti-

dumbre, a la mañana siguiente el paciente dio claras muestras de mejoría, y al cabo de un tiempo se recuperó por completo.

El segundo ensayo de la sulfamida no fue venturoso, probablemente porque el estado del herido era muchísimo más grave. El paciente sobrevivió varios días; pero finalmente murió. También en él apareció el color pizarroso de la piel. Folch sospechaba que había alguna anormalidad de la hemoglobina porque la sangre tenía constantemente un aspecto venoso a pesar de que no había síntomas respiratorios[26].

3.8. Derrota republicana y huida a Francia

Cuando la guerra se acercaba a su fin y los republicanos seguían en retirada ante los embates de los sublevados, el doctor Puche ordenó a D'Harcourt que llevara a la frontera francesa a varios intelectuales y a la familia del doctor Negrín. Como Folch tenía familia en Francia, le encomendaron ambas misiones; le tocó en suerte llevar a Antonio Machado y su madre, así como a la familia del doctor Bellido. Lo acompañaban también su hermana Núria —cuyo marido estaba en algún frente de guerra que desconocían— y la hija de esta. Al pasar la frontera y llegar a Cerbère, el recibimiento de los franceses fue repugnante: «A los hombres nos quitaron las armas, nos llamaron cobardes y nos dejaron en manos de centinelas negros armados que no tenían más argumentos que los culatazos».

Afortunadamente, la familia política de Folch acudió en su auxilio y garantizó que este no sería «un parásito más en Francia», expresión que los jefes blancos de las *gardes mobiles* usaban liberalmente con los refugiados españoles. La familia prestó una casa de veraneo que tenían en Sète —en la llamada Corniche— para que se hospedaran en ella los amigos, entre ellos D'Harcourt y su familia y el doctor Herráiz Serrano[27]. Folch se fue a vivir con su esposa, que se había quedado en Barcelona protegida por las autoridades francesas y había llegado antes a Francia, mientras que su hijo, Robert, ya estaba allí desde el comienzo de la guerra.

3.9. París, septiembre de 1939

Refugiados en la capital francesa se hallaban los pocos mandos políticos y militares de la República en el exilio, cuya autoridad los militares republicanos refugiados en el sur de Francia seguían respetando. Por ello Folch y D'Harcourt viajaron allí a recibir las órdenes de lo que debían hacer en su nueva situación. Llegaron pocos días después del inicio de la Segunda Guerra Mundial —el 3 de septiembre de 1939— y se encontraron con una ciudad enfebrecida por los rumores de la inminencia de un ataque y preparándose como mejor podía.

Mientras aguardaban las órdenes, los dos médicos catalanes decidieron confeccionar una lista de los miembros de los grupos quirúrgicos del ejército republicano que se hallaban refugiados en Francia y ofrecer su experiencia al Gobierno francés. Un equipo quirúrgico era un grupo formado por un cirujano jefe, un segundo cirujano ayudante, anestesista y un practicante perito en la colocación de yesos para la inmovilización o la cura oclusiva. A veces se agregaba algún miembro más, por ejemplo, para fijar las mandíbulas en caso de desplazamiento de las arcadas dentarias. Estos equipos se encargaban de resolver las urgencias inmediatas y poner a los heridos en condiciones de ser trasladados a un hospital. Su colaboración y experiencia podrían ser de enorme ayuda para los franceses en la guerra contra los alemanes.

Provistos de la lista, los médicos se dirigieron a la jefatura de defensa antiaérea. Convencidos de que cumplían un deber honroso para con el país que les había salvado la vida, le explicaron al capitán que los recibió los servicios que podían prestar los equipos médicos republicanos en el frente. Al oficial francés le pareció que exageraban o mentían, y con gran desdén les dijo sin ambages que para lo único que podía emplearlos el ejército francés era para llevar camillas. Conteniendo la ira, Folch —de los dos el único que hablaba francés— le respondió al cabo de una larga pausa: «No creo que los cirujanos deban transportar camillas, de manera que solo le ruego que me proporcione un testimonio escrito de que el Cuerpo de Sanidad de la República Española acudió a ofrecer sus servicios». Tras informar de lo ocurrido a sus superiores y a la embajada de la República Española en la capital francesa, que aún funcionaba, regresaron al hotel. Al cabo de unos pocos días, los dos militares recibieron la orden de volver al sur de Francia.

3.10. A salto de mata

De vuelta en Toulouse, Folch pudo trabajar como profesor de Fisiología gracias a las gestiones del profesor Soulá[28], quien le consiguió un cargo con el título de *savant étranger*. Impartió la clase de Fisiología ese año, sin poder librarse de la impresión de que los alumnos no lo aceptaban del todo; por este motivo, consiguió que lo eximieran de intervenir en los exámenes. Por la mañana daba la clase, por la tarde iba con Antonio Oriol —hermano de Josep— al Palais des Sports, donde hacían investigación acerca de las sulfamidas. Junto con D'Harcourt dictó algunas conferencias sobre la cura oclusiva y el uso de las sulfamidas —algunas se publicaron en *Toulouse Médical* y en el *Journal de Chirurgie* de París—. Los tres médicos aprovecharon también para sistematizar las experiencias, datos y observaciones recopilados durante la Guerra Civil española y publicaron varios artículos en importantes revistas médicas europeas[29].

Con motivo de la guerra, el American Friends Service Committee (AFSC), de filiación cuáquera, había montado una oficina en Toulouse para prestar ayuda alimentaria a los niños. Recibían remesas de alimentos envasados desde Filadelfia, pero había que conseguir alimentos locales. La jefa de la oficina, Helga Holbeck[30], de origen danés, invitó a Folch a colaborar con ellos como médico. Además, le facilitaron una camioneta en la que, bajo la protección de la bandera estadounidense, recorría la campiña vecina para adquirir víveres a cambio de dólares y, sobre todo, de tabaco y medias de nailon, que tenían un alto valor de cambio.

Desde el punto de vista de la causa republicana, el doctor Folch consideraba que lo más positivo y realmente útil del exilio en Toulouse había sido el establecimiento de una cadena para hacer pasar gente de Francia a Portugal, desde donde el camino estaba libre para cualquier otro destino. Se creó una línea de escape que llevaba a los fugitivos, con documentos

falsos, de Toulouse a la frontera española. Un automóvil los llevaba a Salamanca, y desde allí pasaban a Portugal.

Utilizando esa vía intentó huir de Francia André Blumel[31], que había formado parte del gabinete del primer ministro Léon Blum[32]. Por desgracia, la policía franquista lo interceptó y lo llevó prisionero a Madrid. El político francés hizo valer su condición especial y fue llevado, esposado, a la frontera francesa. Pero tuvo tiempo suficiente para ser testigo de las palizas que dieron al conductor, quien antes de morir confesó que la cadena había sido establecida y dirigida por D'Harcourt y Folch en Toulouse. Al volver a Francia, Blumel avisó a Soulá de lo ocurrido. Por fortuna, D'Harcourt ya estaba fuera y Folch se hallaba en Andorra.

En efecto, unos pocos días antes Folch había sido conminado a presentarse en la comandancia militar alemana, donde se le comunicó que debía dirigirse a Leverkusen, a orillas del Rin, sede de la empresa farmacéutica Bayer, que necesitaba farmacólogos. Los alemanes sabían que él había colaborado con la empresa en Barcelona y hablaba alemán. Folch consiguió que le dieran dos días para despedirse y preparar el viaje, pero en vez de eso huyó a Andorra con la esperanza de recibir la protección del obispo de La Seu d'Urgell, tío de la esposa de su hermano Federico. Se dirigió primero a Tarascon en tren, y el resto del camino lo hizo a pie.

En el pequeño principado recibió la ayuda que esperaba y fue aguantando mientras la situación se despejaba. Pudo conseguir documentación falsa que le permitiría pasar a España para dirigirse a Portugal y de ahí marcharse a Inglaterra o América. La cadena que debía llevarlo, sin embargo, fue descubierta; el plan se frustró y tuvo que volver a Andorra.

El 22 de junio de 1941 Alemania invadió Rusia y a partir de ese momento la situación se puso más difícil y peligrosa. Avisado por su protector de la inminente llegada de un grupo de franquistas, franceses y alemanes que venía a identificar en territorio andorrano posibles enemigos que operaban desde allí, se vio obligado a huir de nuevo.

Así pues, desanduvo el camino y, tras muchos retrasos, desvíos y peripecias, se encontró de nuevo en Toulouse, donde con la ayuda de su familia francesa puso en práctica argucias y trampas para conseguir que le renovaran el permiso de estancia. Pero sabía que tenía que salir de Francia lo antes posible.

3.11. La salida de Europa

Por consejo de la señora Holbeck, Folch decidió arriesgarse a viajar a Marsella para acogerse a la protección del Gobierno mexicano. Como en el ínterin había enviudado y se había casado en segundas nupcias, dejó a su pequeño hijo Robert al cuidado de los abuelos maternos en Sète, y enfiló con su esposa, Simone Lyon Geismar, al puerto mediterráneo. El cónsul mexicano, Mauricio Fresco[33], le extendió constancia escrita de que estaba bajo la protección del Gobierno mexicano esperando abordar un barco hacia su país de adopción.

En la fecha fijada salieron en barco hacia Casablanca, donde tenían que abordar un buque portugués. Desembarcaron en Orán y tomaron el tren que los llevaría a Casablanca. Antes de llegar, el tren se detuvo y dejó a los pasajeros —en su mayoría judíos que huían de la guerra— en una playa desierta cerca de Ain Sebaa para que esperasen allí la llegada del barco portugués. Varios días después, este atracó en Casablanca y «toda la fauna peligrosa de la playa fue llevada en autobuses hasta el *Nyassa*»[34].

Los viajeros, que se sintieron liberados al «pisar tierra portuguesa», inspiraban verdadera lástima; por fortuna, el personal de a bordo era muy amable y ello los animó. «Las comidas eran apetitosas. Antes que llegaran las raciones, todo el pan de las mesas había desaparecido, "tragado" ávidamente por tantos seres hambrientos». Al otro día zarparon pensando solo en América, la tierra prometida. Las facciones tensas iban desapareciendo, «y cada pasajero era una esperanza en ciernes». Así transcurrieron un día y una noche cuando, bruscamente, las máquinas se detuvieron y la nave dejó de avanzar: las autoridades francesas, según se dijo en un principio, habían ordenado por radio el regreso a Casablanca. Al cabo de unas horas de angustia, el barco retomó el derrotero original, que en teoría era el puerto de Veracruz.

4. Segunda parte: México

4.1. La llegada a América

Después de una travesía de varios días en que no sucedió nada digno de contar, una tarde avistaron tierra; era Norfolk (Virginia), cerca de la desembocadura de la bahía de Chesapeake, en Estados Unidos. El buque se detuvo a cierta distancia de la costa y, fuertemente custodiado por la marina de guerra estadounidense, al fin atracó; pero nadie pudo bajar a tierra. Tras una serie de inspecciones e interrogatorios por parte de las autoridades, el *Nyassa* salió de nuevo a mar abierto, hacia las Bahamas, donde pasaron dos días en Nassau. Más adelante, sin embargo, debieron acercarse otra vez a la costa estadounidense para cruzar el estrecho de la Florida, de nuevo bajo custodia armada. El continente americano estaba a la vista, pero no podían poner pie en él. La siguiente escala fue La Habana —era la época de Batista— y solo algunos pasajeros, los que iban a quedarse ahí, pudieron desembarcar. La gran mayoría debió permanecer en el buque en condiciones muy difíciles a causa del tórrido clima habanero. Un niño pequeño, de origen judío, enfermó gravemente y los médicos del barco carecían de los medios para tratarlo correctamente. Aun así, las autoridades cubanas no dejaron abordar a nadie. La criatura murió y hubo que sepultarla en el mar. Huelga decir que todas estas peripecias habían acendrado en los refugiados el sentimiento de desamparo, de rechazo, de ser unos «apestados». Que eso les estuviera sucediendo en territorio hispanohablante empeoraba el mal sabor de boca; muchos no podían entenderlo.

Al zarpar de Cuba, sabedores de la proximidad de su destino final, el humor a bordo pasó a ser de júbilo. Sin embargo, para muchos el porvenir no estaba nada claro. Algunos, muy pocos, disponían de medios económicos o tenían parientes en México.

Al cabo de un par de días de navegación, surgió en el horizonte el perfil formidable del Pico de Orizaba[35], que anunciaba la cercanía de la costa mexicana. Por desgracia, el tiempo empezó a descomponerse; soplaba un viento frío, había niebla y el mar estaba muy picado, por lo que debieron pasar la

noche a distancia prudente de la costa. Hubo que esperar un día entero para poder atracar, a causa del temporal que, según supieron, allí se conoce como «Norte».

4.2. «Sea usted bienvenido a México»

El desembarco en el puerto de Veracruz fue una experiencia que marcó la vida del doctor Folch, quien así la describe en sus memorias:

> La recepción fue emocionante. Lleno de gente el muelle, banderas de bienvenida a los «valientes defensores de la libertad»… y gritos de quienes reconocían a alguno de los pasajeros, todos apoyados en la barandilla escrutando a la multitud. No había nadie de mi familia, pero un señor desconocido gritaba mi nombre: era una carta de México (creo recordar que de Puche); se me incluía algo de dinero y se me decía que no me preocupara: «Tienes trabajo asegurado».
>
> ¡Aquello era Jauja! Mi mujer y yo ya habíamos preparado el equipaje (unas maletas, una bicicleta —por si con ella me tenía que ganar la vida—, ropa común, un *smoking* —estaba dispuesto a tocar el piano en cualquier café—, algunos libros). Bajamos y nos dirigimos a un pequeño hotel. Nos registramos (¡qué maravilla, todas las facilidades!) y salimos a dar un paseo por el puerto de Veracruz. Como entre una y otra cosa había pasado el tiempo, comimos en un restaurante (¿cuántos años hacía que no conocíamos eso?) y decidimos dormir, pues estábamos agotados.
>
> Sueño de piedra, despertar de maravilla. Nos trajeron café con leche al cuarto… con ¡churros! Antes de decidir la ida a la ciudad [de México] teníamos que hacer planes y saber si había algo más que la carta que habíamos recibido en el muelle. Así pues, mientras nos vestíamos nos embargó una sensación de libertad y bienestar que hacía mucho tiempo era desconocida. Mientras mi esposa preparaba el equipaje, decidí ir a ver si tenía otra carta, y me ocurrió uno de los acontecimientos más extraordinarios y emocionantes de mi vida.
>
> Téngase en cuenta que éramos unos «apestados», sin oficio ni beneficio como se dice. Si bien alentados por la carta, en realidad no podíamos quitarnos de encima la idea de persecución, la inferioridad en todos los sentidos, el miedo, que desde hacía años nos ahogaba. Por lo tanto, se me hacía extraordinario incluso el saludo del mozo al salir del hotel, la calle franca, abierta, tiendas bien provistas… ¡todo aquello era Jauja!
>
> Pregunté dónde era la oficina de correos y me dirigí a ella, junto al puerto. Uno de los diversos edificios con instalaciones y personal oficial: ventanillas…, pensé, con temor al burocratismo. Hacía años que no me había acercado libremente a una ventanilla, y siempre había sido para solicitar humildemente, para recibir riñas… o para inquirir datos que nunca se daban.
>
> Así pues, ¡otra maravilla!! Voy a la ventanilla, hago cola y al fin llega mi turno. Detrás de la ventanilla, un hombre cuarentón, con bigote, cara seria pero no adusta me dice: «¿Qué desea usted?». Le explico que no tengo papeles pero que soy fulano de tal y si por casualidad había allí alguna carta en mi nombre. Levanta la cabeza, me sonríe y… se levanta, da la vuelta para abrir la puerta travesera del cubículo y se me acerca:
>
> — ¿Llegó usted ayer a México en el barco portugués?
>
> — Sí, señor.
>
> — «Permítame», me tiende la mano, insinúa un abrazo y me dice unas palabras que nunca olvidaré: «Sea usted bienvenido a México».
>
> No quiero insistir en mi emoción, no sabría describir lo que aquellas palabras y aquel ademán significaron para mí. Quedé pasmado, con lágrimas en los ojos…
>
> Quisiera que mis hijos no olviden nunca que en Veracruz, y por parte de un simple empleado de correos, recibí la prueba de fraternidad, de calor humano más extraordinaria de toda mi existencia.
>
> No supe el nombre de aquel ser humano que se declaraba hermano, aquel representante del país que me acogía. Solo pude, emocionado, decirle gracias… y abrazarlo. Se reintegró a su silla detrás de la ventanilla y me dio un par de cartas.
>
> Comprenderá el lector por qué para mí Veracruz (los catalanes le llamamos *Veracreu*) es algo sagrado, inefable. Es el comienzo de una nueva vida, la definitiva. Fueran cuales fueran las posibles dificultades, pasara lo que pasara, yo me sentí en Veracruz nuevamente hombre libre, ser humano aceptado fraternalmente… ¿Puede imaginar quien esto lee lo que para mí significaron aquellas palabras y aquella mano tendida?

4.3. Una vida nueva

El tiempo que el doctor Folch pasó en Francia para cumplir con el que creía su deber como médico militar jugó a su favor a la hora de trasladarse a México, pues para entonces muchos refugiados españoles se habían instalado y organizado hasta el punto de ponerse en condiciones de ayudar a los compatriotas que seguían llegando. Muchos médicos pudieron incorporarse a las universidades mexicanas como profesores o investigadores y otros fueron contratados por empresas farmacéuticas o incluso fundaron algunas. Por eso en la carta primera que le enviaron nada más al llegar a Veracruz pudieron sus amigos decirle que tenía trabajo asegurado.

Muchos refugiados republicanos vinieron a México sin la documentación oficial que acreditara su formación profesional, por ejemplo, el título universitario. Aun así, el Gobierno mexicano había dado instrucciones de que se los aceptara porque a muchos se los conocía por su obra en España.

El doctor Folch se desenvolvió como catedrático e investigador, asesor de laboratorios farmacéuticos y traductor. Fue asimismo impulsor de muchas obras sociales y culturales emprendidas por los refugiados catalanes; así, fue miem-

bro del Orfeó Català y el cuarto y último presidente de la Borsa del Metge Català (1965-1973). Junto con su hermana Núria y su cuñado Joan Sales, dio impulso a la revista *Qaderns del exili*, y hasta se dio tiempo para atender como médico a una pequeña clientela.

Al venir a México, el doctor Folch sabía que pasaría mucho tiempo antes de que pudiera volver a España, si acaso volvía alguna vez. De haber podido echarle el guante, los franquistas seguramente lo hubiesen fusilado. Siguiendo el ejemplo de algunos amigos suyos en la misma situación, como el doctor Puche, se naturalizó mexicano en 1947 —véase a este respecto el breve artículo «Quan la bonhomia i la ciència s'apleguen», por el Dr. Antoni Puche i Manaut, en este mismo número de *Panace@*—.

4.4. La cátedra

Recién llegado a la ciudad de México, el doctor Folch fue nombrado profesor de Farmacodinamia en la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas, perteneciente al Instituto Politécnico Nacional (IPN), y al poco tiempo pasó a dirigir el Departamento de Fisiología y Farmacología de la Escuela Superior de Medicina Rural[36] del propio instituto, donde enseñó durante 39 años. Solía decir que él se sentía profesor por encima de cualquier otra cosa y declaraba que su mayor satisfacción derivaba de ayudar a sus alumnos. Fue uno de esos contados maestros que dejan una huella profunda en sus discípulos.

El doctor Folch rodeado por sus alumnos en 1966.
Por amable cortesía de la familia Folch Viadero de México

Se cuenta que algunas veces, al concluir su clase, los alumnos le aplaudían. Doy fe de que en sus clases magistrales el aula magna se llenaba de bote en bote e incluso en la puerta y el pasillo se agolpaban muchos alumnos que no habían podido entrar y se contentaban con escuchar. No era para menos, pues el maestro aderezaba la enseñanza con anécdotas de su vida que habían coincidido con los grandes descubrimientos de la fisiología y la farmacología. Entre ellas recuerdo la de la anemia perniciosa que se le había diagnosticado a una de sus condiscípulas de la facultad. Se sabía que la causa era la carencia del factor intrínseco gástrico, indispensable para la síntesis de la vitamina B_{12} en el organismo. El tratamiento consistía en comer grandes cantidades de hígado de bovino ¡crudo!, porque contiene esta vitamina en abundancia y no había otra forma de administrarla. La pobre chica debía sufrir continuamente el tormento, rodeada del afecto de sus amigos que la animaban a resistir. Por suerte, el remedio surtió efecto. Con esa misma familiaridad nos hablaba del descubrimiento de la penicilina, las sulfonamidas o los corticoesteroides y los anticonceptivos orales porque había asistido al nacimiento de estos medicamentos.

Formó parte del consejo de redacción de *Acta médica*, la revista de la Escuela Superior de Medicina (ESM), en la que publicó muchos artículos sobre temas de actualidad en el campo de la medicina. Asimismo, fue colaborador activo de *Ciencia*[37], revista fundada por científicos republicanos radicados en México.

En 1976, la ESM le rindió un homenaje por los servicios prestados y le impuso a un aula el nombre del doctor Folch. Con anterioridad, la generación 1964-1968 de pasantes de esa institución lo había escogido como padrino, distinción que él siempre valoró muchísimo; el discurso que pronunció en la graduación de estos muchachos es una bella pieza oratoria y, sobre todo, una lección de profundo humanismo médico. El 15 de mayo de 1988, recibió la medalla del mérito docente Maestro Ignacio M. Altamirano, el reconocimiento máximo que el país concede a un profesor.

La placa que honra la memoria del maestro.
Por amable cortesía de la familia Folch Viadero de México

El doctor Folch trabajó algunos años en los laboratorios IQFA (Industrias Químico-Farmacéuticas Americanas), empresa fundada por republicanos exiliados y dirigida originalmente por el químico Giral[38], posteriormente por el doctor García Valdecasas[39] y luego por el doctor Puche. Entre 1960 y 1965 fue consultor de Syntex, empresa farmacéutica especializada en la producción de corticoesteroides que desempeñó un papel fundamental en la obtención de los anticonceptivos orales. Realizó investigaciones para esta firma en los laboratorios de la ESM.

4.5. El sector editorial

Casi desde su llegada, el doctor Folch se dio tiempo para involucrarse en la industria editorial, otra de las esferas de

actividad de la vida mexicana que recibieron un gran impulso de la inmigración republicana. Así, de 1943 a 1958 fue consultor de la famosa Unión Tipográfica Editorial Hispano-Americana, mejor conocida por la sigla UTEHA[40]. Tuvo a su cargo la supervisión de todos los artículos relacionados con la Biología del *Diccionario enciclopédico U.T.E.H.A.*, obra cimera y no superada a día de hoy que apareció en 1950 y se reeditó hasta bien entrados los años sesenta.

A comienzos de los años cincuenta, el doctor Folch empezó a traducir para la Editorial Interamericana, que, fundada en 1946, apenas alzaba el vuelo. Uno de sus primeros encargos fue la obra *Elementos de fisiología humana*, de Charles Herbert Best y Norman Burke Taylor. Como Interamericana no tenía dinero suficiente para publicar la traducción, vendió los derechos a UTEHA, que la publicó.

La multiplicidad de las tareas que desempeñaba le dejaba poco tiempo para traducir. Por ello, desde el principio supo que tenía que ser más productivo y empezó a ayudarse del dictáfono; grababa el texto y una mecanógrafa lo transcribía. Él entregaba a la editorial las cuartillas corregidas a mano. Empezó utilizando las grabadoras de alambre, que cuando se enredaban hacían perder mucho tiempo para destrabarlas y lo grabado se perdía. Según los que lo conocieron entonces, era la única ocasión en que se le oía proferir malas palabras.

Fue precisamente recorriendo tiendas en el centro de la ciudad en busca de una grabadora como conoció a Araceli Viadero, su tercera esposa —se había divorciado tiempo atrás de la segunda—, con quien formó una familia numerosa. Ella trabajaba en una tienda especializada en grabadoras donde él compró el aparato y así trabaron amistad.

Al asumir el puesto de director técnico de Editorial Interamericana, amplió a gran escala su método de trabajo. Mandó construir una serie de casetas de vidrio insonorizadas, donde las mecanógrafas transcribían las traducciones dictadas por los traductores de la casa. Desde luego, eran mecanógrafas muy capacitadas con una ortografía impecable y un gran dominio del léxico médico. Mientras trabajaban iban siguiendo el original como ayuda para copiar nombres propios y cifras; aunque no todas sabían inglés, podían controlar líneas y párrafos y detectar los temibles «saltos», de los que no hay traductor que se salve.

El doctor Folch corrige en su despacho (años setenta). Por amable cortesía de la familia Folch Viadero de México

Las transcriptoras eran excelentes y rápidas, pero el servicio se redondeaba con un mensajero que iba en motocicleta a casa de los traductores a entregar manuscritos y recoger cintas magnetofónicas grabadas. La celeridad de todo el proceso era por lo tanto muy notable, cualidad esencial en la bibliografía científica porque siempre hay que publicar las versiones traducidas lo más pronto posible, so pena de condenar la obra a la obsolescencia.

Las oficinas de la editorial en la calle de Cedro, en una pequeña zona industrial de la ciudad de México, eran cómodas. Los correctores tenían cubículos pequeños pero bien iluminados y agradables. Una sala de juntas muy acogedora se había habilitado como biblioteca y allí nos reuníamos los traductores noveles con los veteranos que nos guiaban. El ambiente era agradable y relajado; a ello contribuía además un horario de trabajo muy ventajoso para los empleados, pues entraban a las 8 de la mañana y salían a las 3 de la tarde.

En los años setenta, la editorial contaba con la colaboración de varios excelentes traductores, entre los que cabe destacar a los médicos Homero Vela Treviño y Fernando Colchero Arrubarrena, también exiliados españoles, además de los mexicanos Roberto Espinosa Zarza, Santiago Sapiña Renard, Jorge Orizaga Samperio y Rafael Blengio Pinto.

La selección de los aspirantes a traducir para la editorial se hacía mediante un examen muy difícil. Consistía en una hoja mimeografiada de aspecto inocente pero que era un verdadero campo minado porque en ella se reunían una serie de oraciones sueltas provenientes de diversas fuentes, es decir, sin mayor contexto, cada una con alguna «trampa» de traducción. Se hacía en la biblioteca de la empresa y el aspirante podía consultar las obras que quisiera.

Las traducciones se mecanografiaban en hojas de papel revolución, de aspecto parduzco y superficie áspera semejante al papel estraza, para no malgastar en la compra de papel bond. Los revisores solían corregir las primeras páginas y le devolvían el manuscrito al traductor principiante, quien debía corregir el resto siguiendo la pauta.

Al traductor que se le hacía un primer encargo se le entregaban las hojas desgajadas del original impreso junto con unas hojas de estilo de la editorial, una fotocopia del recuadro del *Diccionario Medicobiológico University* titulado «Algunas consideraciones sobre la traducción del inglés médico» y una breve lista de obras de consulta. Entre ellas sobresalían el *Arte de traducir el inglés*, de Julio Colón Manrique y Julio Colón Gómez; *Corrección de pruebas tipográficas*, de R. Ramos Martínez; *El barbarismo en medicina*, de Óscar G. Carrera; y el *Curso superior de sintaxis española*, de Samuel Gili Gaya (véase la bibliografía).

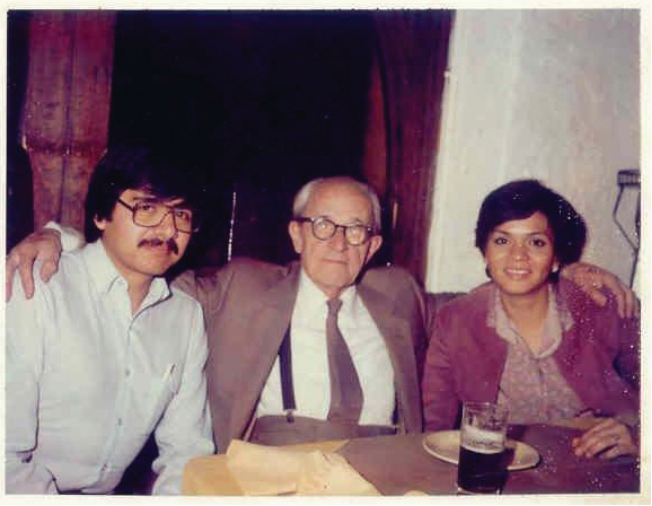
Se insistía en que el traductor escribiera en un español correcto que pudiera entenderse en todos los países que hablan esta lengua. La referencia obligada era el diccionario de la Real Academia Española, entonces en su decimonovena edición, lo que tenía sus inconvenientes por las deficiencias que esta obra siempre ha arrastrado, pero tenía la ventaja de ser la referencia reconocida por la mayoría de los hablantes.

De los consejos del maestro recuerdo, a guisa de ejemplo: «Dicta deprisa y corrige despacio», «Si no encuentras una solución en castellano, escribe: "lo que en inglés se conoce

como…”» y, a manera de recordatorio de nuestra falibilidad, «recuerde que la traducción es como el dicho popular “en casa del jabonero, el que no cae, resbala”». Un consejo muy útil fue el de hacerse con una libreta de bolsillo dividida en secciones alfabéticas para ir anotando dudas, recomendaciones, cosas que debían evitarse y soluciones de traducción que no se encontraban en los diccionarios. Con el tiempo, esa libretita venía a ser una especie de glosario y manual muy personal.

Recuerdo al maestro como un hombre mayor, delgado, de estatura mediana, siempre erecto, vestido de traje gris o azul oscuro, con chaleco de lana. Llevaba una cartera de cuero y solía usar un guante de gamuza en una de las manos, hipersensible al frío. En la cartera, además de cuartillas, guardaba unos alicates con los que desguazaba los libros para separar las hojas que entregaba al traductor. Enmarcado por una cabellera enteramente blanca y escasa, su rostro aguileño lo parecía más por los anteojos «de fondo de botella» que amplificaban el tamaño de sus ojos azules. La letra con que hacía sus correcciones en esa época ya era temblorosa, pero era el único signo que delataba su edad. Su mente, su espíritu y aun su cuerpo conservaban la frescura de la juventud.

Una ocasión en que lo invitamos a cenar una compañera y yo, la única mesa libre en el restaurante era estrecha. Yo me iba a sentar en el rincón de acceso más difícil, pero don Alberto se me adelantó y con una elasticidad increíble se acomodó perfectamente con las piernas cruzadas casi en posición de loto. Comió y bebió sin remilgo alguno y deleitó a sus comensales veinteañeros con una charla deliciosa.



El doctor Folch flanqueado por el autor y la doctora Ana Liebes, de la ESM, en un restaurante de México, D.F., en los primeros años ochenta

5. Conclusión

Como el lector habrá advertido, esta semblanza no se entendería sin el marco de la Guerra Civil española y del exilio republicano en México. Fue don Alberto un hombre cabal y valeroso en la guerra, un científico de sólida formación y un intelectual que aportó mucho a su patria adoptiva como tantos otros refugiados republicanos. Espero que muchos traductores médicos de lengua española tengan ahora clara la imagen de uno de los pioneros que abrieron el camino en esta profesión. Lo hizo tras superar circunstancias difíciles, en un momento crucial de la historia de España, de México y del mundo mismo en que pocos estuvieron a la altura de las circunstancias.

Aunque empecé a traducir para la Editorial Interamericana, la paga era escasa y tuve que buscar el sustento en otra parte. No obstante, si el doctor Folch me llamaba para colaborar, yo procuraba atender su llamado, siempre con un gran placer porque sabía que estaríamos en contacto frecuente.

Como discípulo suyo en el oficio de traductor, el doctor Folch me dispensó un trato afectuoso y dio un gran impulso a mi carrera desde mis inicios. Le gustaba decir que él había sido el partero de mi vocación como traductor médico. Transcurridos muchos años desde su muerte, constantemente reconozco cuánto le debo y echo en falta las conversaciones con mi querido maestro y amigo. Mantuvimos una correspondencia regular desde 1985, cuando salí de México, hasta poco antes de su muerte. Mecanografiaba sus cartas y las corregía con esa letra temblorosa que tan querida era para mí.

Al concebir la idea de esta semblanza, hace un par de años, no me imaginaba que fuera a ser una tarea tan ardua. La mayor dificultad consistió en obtener datos documentales, que en principio debieran estar depositados en diversos archivos institucionales; pero eso no fue así, especialmente en Cataluña. Por un lado, la Guerra Civil ocasionó la destrucción o la dispersión de muchos archivos. Por otro lado, la dictadura franquista obstaculizó la recuperación de esos documentos y sospecho que incluso contribuyó activamente a borrar la memoria de sus enemigos derrotados. Espero que la apertura de los archivos de Salamanca permita obtener más información sobre los hechos y los protagonistas de ese periodo trágico en la historia reciente de España.

Para mi fortuna, vinieron en mi auxilio muchas personas de buena fe que me ayudaron desinteresadamente a colmar muchas lagunas y cuya ayuda agradezco más adelante. Asimismo, en la web fueron apareciendo poco a poco datos fragmentarios que fui recogiendo.

La parte grata fue que, a medida que investigaba, rastreaba información y me ponía en contacto con personas que me aportaban datos para este artículo, fui formándome una idea más acabada de la enorme estatura intelectual y humana de mi biografiado. Comprobé que todo cuanto nos había contado con sencillez y sin alardes era no solo rigurosamente cierto, sino que tenía un trasfondo histórico amplio y profundo. Hay personas que, aun sin proponérselo, al contar lo que han vivido exageran un pelín o cambian las cosas, a veces conscientemente. No es el caso del doctor Folch.

En este lapso entablé contacto con muchas personas que guardaban muy buenos recuerdos de él, aun si solo lo habían tratado brevemente. Conocí un par de jóvenes llamados Albert en memoria y homenaje al doctor Folch por parte de sus padres. Para mí, ese gesto es elocuentísimo.

Nota de agradecimiento

Tengo una deuda de gratitud especial con doña Araceli Viadero, viuda de Folch, y sus hijos, de México, D.F., quienes me facilitaron las memo-

rias inéditas de don Alberto y pusieron a mi disposición su archivo. También proporcionaron todas las fotografías que ilustran el artículo.

En particular, mis coautores, Emilia Picazo Guadarrama y Antoni Puche, pusieron pinceladas de amor que mejoraron los rasgos humanos de mi esbozo.

Dejo constancia de mi reconocimiento a las siguientes personas, repartidas por varios países, que me proporcionaron materiales para este trabajo, me indicaron dónde o quién podía proporcionármelos o me ayudaron de otras formas: Albert Folch i Folch, Lorenzo Gallego Borghini, Juventina Herrera, Eduardo Kragelund, Ana Liebes Vanegas, Álvar Martínez Vidal, Albert Oriol i Bosch, Emilia Picazo Guadarrama, Antoni Puche i Manaut, Silvia Senz Bueno, Albert Torres Escamilla, Marco Antonio Tovar, Luis Alberto Vargas, Pelayo Vilar Puig y Pablo Yankelevich.

Notas

1. Así firmaba sus traducciones. Su nombre catalán era Albert Folch i Pi.
2. Según consta en un brevísimo *curriculum vitae* que él mismo preparó ese año. Además, siguió traduciendo casi hasta los años ochenta del siglo pasado.
3. La información biográfica proviene principalmente de las memorias inéditas de don Alberto y de su archivo personal, a los cuales la familia Folch Viadero, de México, me ha dado acceso irrestricto.
4. Rafael Folch i Capdevila (Barcelona, 1881-1961), abogado, poeta y lingüista. Véase: <http://www.enciclopedia.cat/enciclop%C3%A8dies/gran-enciclop%C3%A8dia-catalana/EC-GEC-0027309.xml?s.q=Rafael+Folch#.Ul6eu1DdeqM> [consulta: 16.X.2013]. Como dato curioso, en 1927 se estrena el himno del F.C. Barcelona con letra de Rafael Folch Capdevila y música de Enric Morera. Véase: <http://www.fcbarcelona.es/club/identidad/detalle/ficha/los-himnos>; el himno se puede oír en este enlace [ambos enlaces consultados el 16.X.2013].
5. Maria Pi i Ferrer (Roses, 1884-Barcelona, 1960), pedagoga, activista política, conferenciante y escritora. Véase: <http://www.dbd.cat/index.php?option=com_biografies&view=biografia&id=4097> [consulta: 16.X.2013].
6. Más conocida como Núria Folch, estuvo casada con Joan Sales (Barcelona, 1912-1983), escritor y editor catalán.
7. Bartomeu Robert i Yarzábal, médico y político catalanista nacido en Tampico (México). Por ser un símbolo del catalanismo, los franquistas desmantelaron el monumento y con la restauración de la democracia este fue colocado en la Plaza Tetuán, donde es menos visible. Véase: <http://www.minube.com/rincon/monumento-al-doctor-robert-a122029> [consulta: 11.VI.2011].
8. Alude al célebre *Traité d'anatomie humaine*, de Léo Testut, que desde finales del siglo XIX hasta bien entrada la segunda mitad del siglo XX fue la obra cumbre de esta disciplina.
9. Augusto Pi i Sunyer (Barcelona, 1879-México, D. F., 1965), médico, catedrático e investigador muy destacado; fundador de la escuela catalana de Fisiología. Véase: <http://www.mcnbiografias.com/app-bio/do/show?key=pi-i-sunyer-august> [consulta: 30.IX.2013].
10. Jesús María Bellido Golferichs (Barcelona, 1880-Toulouse, 1952), fisiólogo destacado, discípulo de Augusto Pi i Sunyer. Véase: <http://www.gobcan.es/educacion/3/usrn/fundoro/archivos%20adjuntos/publicaciones/actas/actas_17/01.pdf> [consulta: 30.IX.2013].
11. Georg Friedrich Nicolai (Berlín, 1874-Santiago de Chile, 1964), médico y fisiólogo alemán; fue también un humanista que se opuso a la guerra, de allí el elogio de Rolland. Véase: <http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0034-98872013000400017&script=sci_arttext> [consulta: 30.IX.2013].
12. Joaquim Trías i Pujol (Badalona, 1988-1964). Véase: <http://ca.wikipedia.org/wiki/Joaquim_Trias_i_Pujol> [consulta: 3.IV.2013].
13. Luis Celis Pujol (Barcelona, 1987-1941). Véase: <http://www.galeriametges.cat/Upload/Documents/Celis_Pujol_Necrologica_Anales_Med.pdf> [consulta: 30.IX.2013].
14. Pedro Nubiola Espinós (Barcelona, 1878-1956). Véase: <http://www.acmcb.es/ebdml/1186/obstetricia_08.pdf> [consulta: 30.IX.2013].
15. José Puche Álvarez (Lorca, 1985-México, D.F., 1979), médico, fue rector de la Universidad de Valencia de 1936 a 1938; durante la Guerra Civil española fue Director General de Sanidad del Gobierno republicano. Véase: <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/ciencia/volumen3/ciencia3/153/htm/sec_10.htm> [consulta: 17.X.2013].
16. Francesc Gallart Monés (Prat, 1880-Barcelona, 1960). Véase: <http://www.patrimonicultural.elprat.cat/files/4-12402-annex/francesc_gallart_mones.pdf> [consulta: 30.IX.2013].
17. Josep Oriol i Anguera (Linyola, 1905-Barcelona, 1992), médico. Comunicación personal de su hijo, el doctor Albert Oriol i Bosch, 3.X.2013.
18. Luis Sayé Sempere (Barcelona, 1888-1975), la máxima autoridad en tisiología de la España de entonces. Véase: <http://www.google.fr/url?sa=t&rct=j&q=&esrc=s&frm=1&source=web&cd=1&ved=0CDQQFjAA&url=http%3A%2F%2Fwww.raco.cat%2Findex.php%2FAnalesMedicina%2Farticle%2Fdownload%2F103470%2F152738&ei=Y51JUsGGKMjE4gSS1oHYDA&usg=AFQjCNGyVChY5ASZ3xHOtG2JxhCB4VV-Fg&sig2=9ng1CpCgUhhI_1bRWoezxg> [consulta: 30.IX.2013].
19. Isaac Nogueras Coronas (1884-1961). Véase: <http://www.myheritage.de/research?action=query&formId=1&formMode=0&qname=Name+fnmo.2+fnmsvos.1+fnmsmi.1+ln.Coronas%2F1Fortuno+lnmo.3+lnmsdm.1+lnmsmf3.1+lnmsrs.1> [consulta: 3.X.2013].
20. El consultorio estaba en la Rambla de Cataluña, 103, entresuelo 2.ª, en la esquina con la calle Provenza. El doctor Oriol trabajó allí toda su vida. Comunicación personal del doctor Albert Oriol i Bosch, 3.X.2013.
21. Robert Folch i Fabre (Sète, Francia, 1934-México, D. F., 1979), médico veterinario y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Como su padre, tradujo varias obras del inglés al castellano.
22. Antoni Oriol i Anguera (Linyola, 1907-México, D.F., 1996), médico como su hermano Josep (véase la nota 17); emigró primero a Argentina y luego a México; fue catedrático de Fisiología en la misma escuela que el doctor Folch. Véase: <http://www.yasni.info/ext.php?url=http%3A%2F%2Fwww.enciclopedia.cat%2Ffitxa_v2.jsp%3FNDCHEC%3D0047631&name=Josep+del+Valle&showads=1&lc=en-us&lg=en&rg=es&rip=ch> [consulta: 3.X.2013].
23. Juan Negrín (Las Palmas de Gran Canaria, 1892-París, 1956), médico, fisiólogo y político. En 1937 es nombrado Presidente del Gobierno español; tras la derrota de la República se exilia en Francia en 1939, y al año siguiente pasa a Londres. Véase: <http://www.fundacionjuannegrin.com/biografia.php?actual=2&id=9> [consulta: 3.X.2013].
24. Joaquín D'Harcourt Got (Camagüey, 1896-México, D.F., 1970). Véase: <http://www.fpabloiglesias.es/archivo-y-biblioteca/diccionario-biografico/biografias/9860_harcourt-got-joaquin> [consulta: 3.X.2013].

25. Antoni Esteve i Subirana (Manresa, 1902-Barcelona, 1979), destacado farmacéutico catalán, fundador de Laboratorios Dr. Esteve, S.A., donde se fabricaron las primeras sulfamidas en España. Véase: <http://ca.wikipedia.org/wiki/Antoni_Esteve_i_Subirana> [consulta: 3.X.2013].
26. Las sulfamidas pueden combinarse con la hemoglobina y formar metahemoglobina, compuesto que no trasporta oxígeno; de ahí la cianosis y el color pardusco de la sangre y, por lo tanto, de la piel. Véase: <http://emedicine.medscape.com/article/204178-overview> [consulta: 3.X.2013].
27. Francisco Herráiz Serrano, médico comandante de asalto como Folch, profesor de Anatomía en Salamanca, «un compañero y amigo entrañable y ejemplar». También se exilió en México y radicó en Pachuca; en su memoria, una calle de esa ciudad lleva su nombre.
28. Louis Camille Soulá (Foix, 1888-París, 1963), profesor de la Facultad de Medicina de Toulouse. Véase: <http://fr.wikipedia.org/wiki/Camille_Soula#Biographie> [consulta: 3.X.2013].
29. La actividad docente e investigadora del doctor Folch y sus colegas en Toulouse ha sido estudiada con pormenores en: Martínez Vidal, Álvar y Alfons Zarzoso Orellana (2009): «La obsesión del retorno. El exilio médico catalán en Francia», *Mètode*, 61: 59-63. <http://metode.cat/index.php?option=com_k2&view=item&task=download&id=466> [consulta: 3.X.2013].
30. Breve descripción de la labor de esta mujer admirable durante la guerra: <http://www.ajpn.org/juste-Helga-Holbeck-3544.html>. Relato conmovedor de un episodio en que la señora Holbeck y su equipo ayudaron a un grupo de refugiados españoles: <http://afsc.org/story/i-have-come-out-night-and-you-fed-me> [ambos documentos consultados el 27.X.2013].
31. André Blum (o Blumel) (París, 1893-1973). Véase: <http://fr.wikipedia.org/wiki/Andr%C3%A9_Blumel> [consulta: 5.X.2013].
32. Léon Blum (París, 1872-Jouy-en-Josas, 1950). Véase: <http://fr.wikipedia.org/wiki/L%C3%A9on_Blum> [consulta: 5.X.2013].
33. Diplomático mexicano, escribió sobre su experiencia en Marsella ayudando a miles de republicanos y otros europeos a refugiarse en México. Véase: <http://www.biblioteca.org.ar/libros/89815.pdf> [consulta: 27.X. 2013].
34. Este vapor portugués hizo tres viajes a México para transportar refugiados españoles. Véase: <http://gallegocrespo.tripod.com/nyassa.htm> [consulta: 5.X.2013].
35. También conocido como Citlaltépetl ('cerro de la estrella' en náhuatl), con sus 5610 metros de altura sobre el nivel del mar, es la montaña más alta de México y la tercera de América del Norte. Está situado en los límites de los estados de Veracruz y Puebla y preside el valle de Orizaba, ciudad de la que toma su nombre. Por su configuración, es visible desde alta mar en el Golfo de México. Véase: <http://climbing.about.com/od/mountainclimbing/a/OrizabaFacts.htm> [consulta: 6.XI.2013].
36. Fundada con este nombre en 1938; en 1945 pasó a llamarse Escuela Superior de Medicina. Véase: <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592010000200001> [consulta: 5.X.2013].
37. La revista *Ciencia* y las primeras actividades de los científicos españoles en el exilio. Véase: <http://dieumsnh.qfb.umich.mx/madrid-mexico/la_revista_ciencia.htm> [consulta: 6.XI.2013].
38. José Giral Pereira (Santiago de Cuba, 1879-México, D.F., 1962). Véase: <http://www.biografiasyvidas.com/biografia/g/giral.htm> [consulta: 27.X.2013].
39. José María García-Valdecasas Santamaría (1905-1987), fisiólogo, colaborador del doctor Severo Ochoa. Véase: <http://www.ateneodemadrid.net/biblioteca_digital/periodicos/Revistas-00304.pdf> [consulta: 27.X.2013].
40. La aportación de los inmigrantes republicanos al sector editorial está muy documentada. Véase: <http://www.cervantesvirtual.com/obravisor/la-edicion-catalana-en-mexico--0/html/e8445348-ca0d-48e7-91de-0226cc9e08fd_54.html> [consulta: 5.X.2013].

Bibliografía

Carrera, Óscar G. (1960): *El barbarismo en medicina*: *estudio crítico y correcciones de los principales errores que se cometen en la terminología médica*. México, D.F.: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.

Colón Manrique, Julio y Julio Colón Gómez (1954): *Arte de traducir el inglés*. México, D.F.: edición de los autores (dos tomos).

Folch Pi, Alberto (director) (1966): *Diccionario Medicobiológico University*. México, D.F.: Editorial Interamericana.

Gili Gaya, Samuel (1961): *Curso superior de sintaxis española*. Barcelona: Biblograf.

Ramos Martínez, R (1963): *Corrección de pruebas tipográficas*. México, D.F.: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.

Real Academia Española (1970): *Diccionario de la lengua española* (19.ª ed.). Madrid: Espasa-Calpe.